

La agonía de los trigales

Por Norman E. Borlaug *
International Herald Tribune

DALLAS.- En la mayor parte de Asia, Africa y América latina, hay un encarecimiento excesivo de los alimentos. Su escasez implica la amenaza de hambrunas y caos político. No podría haber peor momento para una epidemia de roya del tallo en los trigales del mundo entero. Millones de agricultores, grandes y pequeños, afrontan la presencia de este parásito que, al diseminarse, produce infecciones letales.

La catástrofe acechante puede evitarse si los científicos del mundo especializados en el trigo se aúnan para desarrollar una nueva generación de variedades resistentes a la roya del tallo.

Pero esos mismos científicos deben atender al urgente reemplazo de casi todo el trigo comercial que se cultiva en el mundo. Esto requerirá el compromiso de muchas naciones, en especial Estados Unidos, que últimamente ha descuidado su función rectora en agronomía.

La roya del tallo es la enfermedad más temida entre las del trigo. Puede convertir un trigal sano en una maraña de tallos con pocos granos o ninguno.

Las esporas del hongo, diseminadas por el viento, propagan rápidamente la infección más allá de las fronteras. La roya ha causado hambrunas desde los albores de la historia. En América del Norte, hubo pérdidas masivas de cereales en 1903-1905 y en 1950-1954.

En los años 50, junto con otros científicos, desarrollé en América del Norte -y después en el resto del planeta- variedades de trigo de alto rendimiento resistentes a la roya del tallo y a otras enfermedades.

Gracias a estas semillas mejoradas, los agricultores de todo el mundo no sólo pudieron contener al hongo durante más de medio siglo: también obtuvieron rendimientos más altos y confiables. Las reservas globales de alimentos aumentaron velozmente y los precios cayeron.

En el apogeo de la Revolución Verde (1965-1985), la producción cerealera mundial -me refiero a la de trigo, arroz, maíz, centeno y sorgo- casi se duplicó: pasó de 1000 a 1800 millones de toneladas métricas. Los precios bajaron un 40 por ciento.

Hoy, el trigo provee a la población mundial alrededor del 20 por ciento de sus calorías alimentarias. La cosecha global está en el orden de los 600 millones de metros cúbicos.

En la última década, su producción global quedó a la zaga del crecimiento demográfico. Lo mismo ocurrió respecto de la demanda per cápita de productos a base de trigo en muchos países que comenzaban a industrializarse.

Simultáneamente, el apoyo internacional a las investigaciones sobre el trigo declinó en forma significativa. En consecuencia, en 2007-2008, las existencias globales de trigo (calculadas como porcentaje de la demanda) cayeron a su nivel más bajo desde 1947-1948. Y los precios subieron de manera constante, hasta llegar a un nivel nunca alcanzado en los últimos 25 años.

Los nuevos tipos de roya del tallo, denominados Ug99 por haber sido descubiertos en Uganda en 1999, son mucho más peligrosos que los que, 50 años atrás, destruyeron el 20 por ciento de la cosecha norteamericana. Los feraces trigales que hoy cubren vastas áreas irrigadas son el lugar ideal para la proliferación del hongo. Por tanto, el riesgo de perder la cosecha es mayor que nunca.

Si los investigadores internacionales sostenidos con fondos públicos actúan de manera conjunta, enérgica y sistemática, podrán desarrollar variedades sustitutas de trigo de alto rendimiento y ponerlas a disposición de los agricultores, antes de que la roya del tallo se convierta en una epidemia mundial.

Al principio, el gobierno de Bush percibió prontamente la amenaza que significaba la roya Ug99 para la producción triguera norteamericana. En 2005, el secretario de Agricultura, Mike Johanns, le ordenó al Servicio de Investigación Agrícola que liderara el desarrollo de una estrategia internacional contra ella. En 2006, la AID movilizó fondos de emergencia para ayudar a países de Africa y Asia en la necesaria aceleración de las investigaciones sobre el trigo.

Sin embargo, en fecha más reciente, el Gobierno empezó a revertir su rumbo. El Departamento de Estado recomienda el cese del apoyo norteamericano a los centros internacionales de investigación agrícola que contribuyeron a desencadenar la Revolución Verde, incluida toda financiación de estudios del trigo. Asimismo, se han propuesto reducciones significativas en los fondos destinados a instalaciones clave, entre ellas, el laboratorio de investigación de la roya que el Departamento de Agricultura posee en Minneapolis.

Esta miopía espantosa no sólo perjudica los intereses de los cultivadores y consumidores de trigo norteamericanos. Afecta a toda la humanidad. Es como si Estados Unidos abandonara su promesa de ayudar a reducir a la mitad el hambre mundial para 2015.

Si millones de pequeños agricultores ven arrasados sus trigales por falta de nuevas variedades resistentes a la roya, el problema no estará limitado a ningún país en particular. Las esporas de la roya recorren largas distancias, arrastradas por los chorros que expelen los aviones a retropropulsión, y no conocen fronteras políticas.

Al extenderse por el mundo las malas cosechas, todos los alimentos se encarecerán. Esto causará nuevos padecimientos a centenares de miles de pobres. La roya Ug99 podría restar 60 millones de toneladas a la producción triguera mundial. Podemos evitar semejante pérdida. En vez de destruirlos, Estados Unidos debe reconstruir los sistemas de colaboración internacional en las investigaciones

agrícolas, tan eficaces en el lanzamiento de la Revolución Verde. Y debe hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

* Norman E. Borlaug, premio Nobel de la Paz 1970, es profesor de agricultura en la Texas A&M University

Publicado el 17/05/08 en la edición impresa de LA NACIÓN

(Traducción de Zoraida J. Valcárcel)